

Domingo 6to del Tiempo ordinario Ciclo A (Mt. 5, 17-37) - 15-2-2026

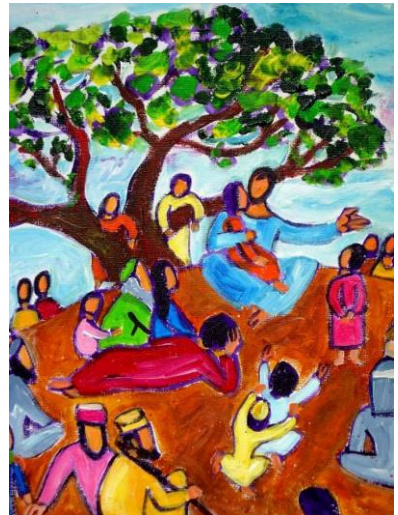
Qué lindo cuando en una conversación, la confianza y la escucha mutua nos permite ahondar, y quedamos con el buen sabor de haber compartido a fondo, de haber tocado juntos aspectos esenciales, -aquellos que no se negocian-, sobre la vida, la amistad, el amor, los vínculos, el perdón, Dios mismo. Creo que esa experiencia nos ayuda a situarnos en el evangelio de hoy.

Cuando Jesús dice que no viene a abolir la ley sino a dar cumplimiento, uno podría pensar que eso implica agregar a lo ya conocido, más normas y reglas. Pero pareciera que no es cuestión de más en cantidad, sino un *más* en hondura, es decir, de poner foco, como en las conversaciones profundas, en el meollo de lo que para Jesús está realmente en juego.

Si miramos su vida y su práctica a lo largo de los evangelios, descubrimos que su modo de estar y de vivir, su capacidad de amar y de perdonar, de escuchar y de curar, de aprender y de entregarse, de sentar a su mesa a los marginados de su tiempo y de experimentar la comunión, nos transparentan el amor de Dios Padre Madre cuya gloria es nuestra vida, la vida de todos sus hijos e hijas. Para Jesús, lo que está en juego es la vida, toda vida, que se expresa en formas que no sean sólo sobrevivir, sino que nos humanicen, y que nos ayuden a compartir la luz y la sal que todos llevamos dentro.

Qué oportuno es entonces este texto del evangelio que sigue desplegando el sentido hondo de las bienaventuranzas, cuando en tantas partes y de tantas formas, la vida de muchísimas hermanas y hermanos, y de la Madre Tierra y sus recursos, son atropellados y eliminados vergonzosamente, con justificaciones incluso religiosas; cuando pareciera que “es normal” pensar que hay vidas más valiosas que otras y obrar en consecuencia; vidas que merecen la vida y otras que pueden descartarse.

La Palabra una vez más nos sacude para estar atentos, y ayudarnos unos a otros a no acostumbrarnos a tanta muerte injusta, ganados por la indiferencia o la resignación. Por el contrario, nos anima, abiertos a la creatividad del Espíritu, a tender puentes y posibilitar encuentros. Para que así nuestra ofrenda pueda ser el esfuerzo cotidiano por entretejer la trama de una vida más justa y más digna, donde todas y todos encuentren cabida.



Carina Furlotti